

La sociedad observadora

Daniel Innerarity

El poder ha supuesto siempre una capacidad de observar, ocultar e incluso ocultarse. Ver implica control social; generalmente, a medida que aumentan las posibilidades de observar, disminuyen las de ser visto (Innerarity, 2004). De ahí que el poder haya venido siempre acompañado por la construcción de atalayas y observatorios, o por la sofisticación de los dispositivos de observación de la sociedad, como los censos y las encuestas.

En el mundo actual sigue vigente esta pretensión, que ha podido incluso mejorar las técnicas de control, pero en una sociedad del conocimiento y de la información, la tecnología que hacía posible tales operaciones de vigilancia está igualmente a disposición de los vigilados. Foucault vinculó el ejercicio del poder a la vigilancia continua sobre

los individuos (1975, p. 220); el reequilibrio que se está produciendo actualmente tiene que ver con el hecho de que haya aumentado la supervisión ciudadana sobre el poder y las posibilidades tecnológicas de llevarlo a cabo. Lo que tenemos es una suerte de “panoptismo cívico” que ha reinvertido el ejercicio de la disciplina. El poder es más sujeto pasivo que activo de observación y los ciudadanos han pasado de ser meros espectadores a celosos vigilantes. La superposición del espacio de las nuevas tecnologías al espacio público tradicional tiene el efecto de hacer que la escena política sea más observada, desde cerca y a partir de todos los ángulos posibles.

La democracia representativa suponía un desnivel de capacidad entre gobernantes y gobernados que no se da cuando aumenta la información o la formación en general. En las sociedades avanzadas los gobernantes se hacen más vulnerables y dependientes (Rosanvallon, 2008, p. 61). Las tecnologías de la comunicación y la información posibilitan una vigilancia democrática que era impensable en otras épocas de asimetría informativa. “Los viejos mecanismos del poder no funcionan en una sociedad en la que los ciudadanos viven en el mismo entorno informativo que aquellos que los gobiernan” (Giddens, 2000, p. 88). La sociedad observadora es una sociedad más vigilante, que plantea nuevas exigencias de transparencia, pero que debe aprender a gestionar esos entornos informativos abiertos en los que el problema ya no es tanto la ocultación como la interpretación de la realidad.

1. NOSOTROS, LOS INTRUSOS

Toda sociedad que se democratiza genera un espacio público correspondiente, es decir, se transforma en un ámbito donde rigen unas nuevas lógicas de observación, vigilancia, voluntad de transparencia, debate y control. Así ocurrió con el surgimiento de los Estados nacionales y algo análogo está pasando ahora con el espacio mundial. En uno y otro caso, a lo que se aspira es a construir un espacio de libre debate y publicidad, que conduce a una diplomacia pública, que se alimenta y solicita a la opinión pública. La analogía es válida solo parcialmente y no conviene pensar la gobernanza mundial con las mismas categorías que rigen en el espacio limitado de los Estados nacionales, pero no cabe duda que algo muy semejante a un espacio público mundial está formándose poco a poco en virtud de la confluencia entre las posibilidades comunicativas y la extensión de los valores democráticos.

El fenómeno de *wikileaks* es un indicador de que los asuntos geoestratégicos y diplomáticos no están en condiciones de frenar este proceso de publicitación y mantenerse protegidos en el campo del secreto, que hasta ahora se les había asignado. No quiere esto decir que el secreto o la discreción vayan a ser abolidos completamente de la diplomacia mundial, sino que están siendo reducidos en virtud de la configuración de una humanidad observadora que dispone de cada vez más instrumentos para conocer lo que pasa en las tramoyas del poder. La lógica

que explica este proceso es la imparable irrupción de las sociedades en la escena política.

La diplomacia, que ha sido un espacio reservado, dominio del secreto, último bastión de la razón de Estado, un lugar inmune, el último refugio frente a los asaltos de la democratización, se encuentra hoy asediada por lo que podríamos llamar un derecho de las sociedades a mirar sobre los asuntos internacionales. Estamos transitando hacia una forma de diplomacia pública que rompe con la idea tradicional del secreto. Al irrumpir en el escenario internacional, las sociedades modifican profundamente el juego diplomático. La internacionalización supone, de entrada, una visibilidad creciente de las cuestiones sociales.

En un mundo donde todos se ven, donde todos se comparan, las fronteras pierden su capacidad de delimitación y reserva. Las sociedades no interactúan solamente con su gobierno respectivo; estas lógicas de convergencia ponen también al espacio mundial bajo la vigilancia social. El proceso de construcción del espacio público mundial se puede entender, negativamente, como un proceso por el que los sujetos se emancipan del marco estatal. Los comportamientos sociales escapan cada vez más del marco de la socialización nacional: opiniones, valores, gustos, inversiones y comportamientos se articulan al margen del tradicional encuadramiento institucional. Nos encontramos en medio de una serie de dinámicas cuya complejidad e interdependencia depende en buena medida de que están en juego estructuras *cross-cutting*,

grupos de actores e intereses solapados que permiten concluir que el concepto de “nosotros” que articulan los Estados no coincide con las realidades sociales y económicas.

El proceso de configuración de un espacio público mundial apunta a la formación de un nuevo sujeto, la humanidad global, que es la evaluadora última de las prácticas políticas. Gracias a la globalización, el mundo se ha convertido en un lugar públicamente vigilado. Las dinámicas contestatarias han supuesto la entrada de las sociedades en el debate político internacional. El espacio público global ha configurado instancias que se expresan e interpelan. Por supuesto que no hay que hacerse demasiadas ilusiones. La opinión que irrumpe sobre la escena internacional no es el contrapoder ideal, una fuerza eficaz que pueda contradecir el poder de los Estados. La función de supervisión de las sociedades apenas impide, no dispone de veto, pero recompone el juego internacional hasta el punto de hacer que la arbitrariedad sea extremadamente costosa. Esta intrusión y vigilancia ya contradice el mero juego del poder o ese beneficio de la ignorancia que ha sido de gran utilidad para los poderosos (Badie, 2004). Quince millones de personas en la calle, en febrero de 2003, no consiguieron impedir la guerra en Irak, pero contribuyeron decisivamente a deslegitimarla. El actual conocimiento de los “asuntos exteriores” es el primer paso para introducirlos en un espacio de debate en el que cualquiera puede tomar partido fuera de toda tutela gubernamental y de todo alineamiento patriótico. Vivimos en un mundo que rechaza la excusa del

secreto, que desearía modificar profundamente el sentido de la diplomacia para insertarla en una pública discusión.

La política internacional se ha beneficiado durante mucho tiempo del beneficio de la ignorancia. Los Estados podían permitírselo casi todo cuando apenas se sabía lo que hacían. El golpe del ejército soviético en Budapest el año 1956 tuvo menos resistencia que el que se repitió doce años más tarde en Praga; para entonces la televisión se había instalado en los hogares europeos y la imagen de los carros desplegados por el Pacto de Varsovia contribuyó a forjar el comienzo de una opinión pública internacional. El actual conocimiento de los “asuntos exteriores” es el primer paso para introducirlos en un espacio de debate en el que cualquiera puede tomar partido fuera de toda tutela gubernamental y de todo alineamiento patriótico. Vivimos en un mundo que rechaza la excusa del secreto, que desearía modificar profundamente el sentido de la diplomacia para insertarla en una pública discusión. En estos últimos años se ha popularizado la idea de una diplomacia pública que sustituye las viejas prácticas del secreto por un *marketing* que corteja a la opinión pública. Este cambio de estrategia corresponde al hecho de que el poder ha sido puesto bajo la vigilancia activa de una opinión celosamente solicitada. Cada vez es más difícil apelar a la democracia sin buscar la adhesión de la opinión pública, sin aceptar abandonar una parte del propio poder al juego de la deliberación colectiva.

El siglo XX ha terminado con el monopolio del que disfrutaban los Estados en su calidad de únicos actores internacionales. Dicha desestatalización se corresponde

con la creación de un espacio público de libre discusión y de compromiso en el seno del cual todos somos testigos de genocidios, vulneraciones de la legalidad, opresiones de todo tipo, desigualdades etc. La mundialización es también un espacio de atención pública que reduce sensiblemente las distancias entre testigos y actores, entre responsables y espectadores, entre uno mismo y los demás. Se configuran así nuevas comunidades transnacionales de protesta y solidaridad. Los nuevos actores, en la medida en que vigilan y denuncian, desestabilizan cada vez más la capacidad del poder para imponerse de forma coercitiva. Ningún Estado es propietario de su imagen. La humanidad observadora participa directamente en el debate que funda el espacio público mundial y actúa en nombre de una legitimidad universal, de modo que ningún Estado puede hacer abstracción de esa mirada posada sobre él. Es muy significativo a este respecto el giro que ha efectuado la discusión sobre la justicia penal internacional: estamos pasando de una justicia dictada en nombre del pueblo a una justicia que apela a la humanidad. La nueva responsabilidad internacional de los Estados obedece a que la humanidad se impone cada vez más como una referencia de la acción internacional.

2. LOS LÍMITES DE LA TRANSPARENCIA

El signo de nuestra época es la inmediatez. Nada nos resulta más sospechoso que las mediaciones, los intermediarios, las construcciones y las representaciones. Pensamos que para conocer la verdad basta que los datos

estén al alcance; que una democracia solo necesita que nada nos impida decidir. En nuestro inconsciente colectivo (y a veces también formulado de manera explícita), consideramos que son más útiles los datos que las interpretaciones y, por el mismo prejuicio, tendemos a pensar que es más democrático participar que delegar. Una similar desconfianza ante las mediaciones nos lleva a suponer automáticamente que algo es verdadero cuando es transparente, que toda representación falsifica y que todo secreto es ilegítimo. No hay nada peor que un intermediario. Por eso nos resulta de entrada más cercano un filtrador que un periodista, un aficionado que un profesional, las ONGs que los gobiernos y, por eso mismo, nuestro mayor desprecio se dirige a quien representa la mayor mediación: como nos recuerdan las encuestas, nuestro gran problema es... la clase política. Al paso que vamos, también resultará que sus pensiones son la causa de la crisis económica. La actual fascinación por las redes sociales, la participación o la proximidad pone de manifiesto que la única utopía que sigue viva es la de la *desintermediación*.

Estando así las cosas, nadie podía sorprenderse de que las filtraciones de *wikileaks* hayan sido recibidas como una confirmación de lo que ya sabíamos: que el sistema es malísimo y nosotros, inocentes. Coincide esto en el tiempo con una crisis económica cuyos exégetas llevan tiempo repitiendo que la estamos pagando los que no la hemos provocado. Afortunadamente, nosotros no

formamos parte de ese mercado que se dedica a conspirar y atacar. Identificados los problemas y asignadas las responsabilidades, nos hemos ahorrado casi todo el trabajo de pensar un mundo complejo y adaptar la democracia a las nuevas realidades. La indignación puede seguir sustituyendo cómodamente a la reflexión y al esfuerzo democrático.

La transparencia es, sin duda, uno de los principales valores democráticos, gracias a la cual la ciudadanía puede controlar la actividad de sus cargos electos, verificar el respeto a los procedimientos legales, comprender los procesos de decisión y confiar en las instituciones políticas. Gracias a Internet, esta transparencia puede ampliarse en un sentido inédito, ya que los datos pueden hacerse públicos de manera directa y anónima. Ahora bien, ¿tan seguros estamos de que disponer libremente de 250.000 documentos de la diplomacia americana nos hace más inteligentes y mejores demócratas? ¿Sabríamos más del mundo si se suprimieran todos los secretos? ¿Somos mejores ciudadanos a medida que vamos descubriendo lo torpes y cínicas que son muchas de nuestras autoridades?

No deberíamos dejarnos seducir por la idea de que estamos ante un mundo de información disponible, transparente y sin secretos. De entrada, porque somos conscientes de que determinadas negociaciones exitosas del pasado no se hubieran producido si hubieran sido retransmitidas en directo. Existe algo que podríamos denominar los beneficios diplomáticos de la intransparencia.

Por supuesto que en este aspecto muchos procedimientos tradicionales están llamados a desaparecer y quien a partir de ahora participe en un proceso diplomático ha de ser conscientes de que casi todo terminará por saberse. Pero también es cierto que la exigencia de una transparencia total podría paralizar la acción pública en no pocas ocasiones. Hay compromisos que no pueden alcanzarse con luz y taquígrafos, lo que suele provocar que los actores radicalicen sus posiciones. Pese a ciertas celebraciones apresuradas de un inminente mundo sin doblez ni zonas de sombra, la distinción entre escenarios y bastidores sigue siendo necesaria para la política.

Pero es que hay también una ambigüedad de la transparencia desnuda, no contextualizada. Es una ilusión pensar que basta con que los datos sean públicos para que reine la verdad en política, los poderes se desnuden y la ciudadanía comprenda lo que realmente pasa. Además, del acceso a los datos públicos, está la cuestión de su significado. Poner en la red grandes cantidades de datos y documentos no basta para hacer más inteligible la acción pública: hay que interpretarlos, entender las condiciones en las que han sido producidos, sin olvidar que generalmente no dan cuenta más que de una parte de la realidad.

La accesibilidad de informaciones en Internet no garantiza su visibilidad. Se invoca con frecuencia la transparencia y el acceso a los documentos como un indicativo seguro de la democracia de una institución, pero, si uno quiere saber lo que pasa, ¿qué documentos ha de

solicitar? (Weiler, 1999, p. 349). La transparencia únicamente es real si quien gobierna, además de poner a disposición los datos, proporciona informaciones. Aquí volvemos a toparnos con el problema de la mediación, que era lo que creíamos poder superar. Es engañoso mirar Internet con las categorías del espacio público tradicional, pensando que aquí todo es público y todo es información (Cardon, 2010). Para que algo sea público, no basta con que esté accesible; para que exista información, se requiere una determinada elaboración de los datos. En esta indeterminación está la grandeza de la red, pero también sus limitaciones.

Además de límites, la transparencia puede tener efectos perversos. No son pocos los que han advertido que Internet se puede convertir en un instrumento de opacidad: el aumento de los datos suministrados a los ciudadanos complica su trabajo de vigilancia (Fung, Graham, Weil, 2007). Una información que fuéramos incapaces de filtrar nos haría semejantes a aquellos personajes de Esquilo que “tenían visión pero no veían nada” (1985, p. 73). Es la opacidad y no la falta de transparencia lo que más empobrece las democracias. Obsesionarse con la transparencia descuidando todo lo demás equivale a equivocarse en el foco de atención. Nuestro gran enemigo no es el secreto, la ocultación o la intriga, sino la banalidad.

Y a este respecto cabe mencionar un efecto insólito en virtud del cual la realidad política nos resulta ininteligible no porque nos falten datos o porque no

escrutemos atentamente a nuestros representantes, sino porque lo hacemos en exceso, de una manera constante e inmediata. La vigilancia extrema sobre los actores políticos puede llevarles a sobreproteger sus acciones. Un ejemplo de ello es el hecho de que muchos políticos, sabiendo que sus menores actos y declaraciones son examinados y difundidos, tienden a encorsetar su comunicación. La democracia está hoy más empobrecida por los discursos que no dicen nada que por el ocultamiento expreso de información.

Las sociedades democráticas reclaman, con toda razón, un mayor y más fácil acceso a la información. Pero, la abundancia de datos no garantiza vigilancia democrática; para ello hace falta, además, movilizar comunidades de intérpretes capaces de darles un contexto, un sentido y una valoración crítica. Separar lo esencial de lo anecdótico, analizar y situar en una perspectiva adecuada los datos exige mediadores que dispongan de tiempo y competencias cognitivas. Los partidos políticos son un instrumento imprescindible para reducir esa complejidad. En este trabajo de interpretación de la realidad, también son inevitables los periodistas, cuyo trabajo no va a ser superfluo en la era de Internet sino todo lo contrario. Los periodistas están llamados a jugar un papel importante en esta mediación cognitiva para interesar a la gente, animar el debate público y descifrar la complejidad del mundo (Rosanvallon, 2008, p. 342). Pero, estoy defendiendo la necesidad cognitiva del sistema político y

de los medios de comunicación y no a sus representantes, que, como todos, también son manifiestamente mejorables.

No deberíamos minusvalorar las dificultades de interpretación en un mundo de flujos donde sobra información, mientras que nuestras capacidades de comprensión están desbordadas, saturadas y desorientadas. Comentar e interpretar la realidad no es algo que pueda hacer bien cualquiera, como promete el sueño de una producción de la información por los propios internautas. Validar, interpretar, comunicar la información implica competencia y constituye un ejercicio de responsabilidad.

Defender hoy este trabajo de mediación equivale a renunciar al grato favor de la corriente, porque casi nadie quiere renunciar a este cauce para el despliegue de la indignación que es la posibilidad de matar al mediador. Frente a todas las promesas de paciencia interpretativa, Internet es un espacio que ofrece participación y democracia directa, expresión y decisión sin intermediarios. Todo lo cual conecta con esa desconfianza democrática hacia el experto y la consiguiente celebración del ciudadano corriente que parece inobjetable democráticamente. La libertad del *amateur* frente al anquilosamiento del profesional, este vendría a ser el nuevo antagonismo para el que Internet constituye un formidable campo de batalla (Flichy, 2010). Algunos incluso festejan la irrupción de un nuevo periodista aficionado que vendría a reemplazar al profesional. La presencia del aficionado, del filtrador escandalizado, es muy importante y contribuye sin

duda a democratizar el proceso de creación y circulación de información. Pero, en realidad, hay una cadena de cooperación muchísimo más compleja entre unos y otros: solo los grandes diarios de referencia tienen las competencias necesarias para explotar esas montañas de información. Precisamente una señal de que la transparencia no era lo único que estaba en juego es el hecho de que la filtración fuera negociada en exclusividad con un grupo limitado de periódicos.

Al final, terminamos necesitando mediación, profesionalidad y representación. Sin ellas el mundo es menos inteligible y más ingobernable. Juzguemos si estas instancias hacen bien lo que deben y no nos dejemos capturar por la perezosa ilusión de que su mera carencia nos hará libres.

3. LOS SECRETOS ESTÁN EN OTRA PARTE

Que vivimos en una sociedad compleja es otra forma de referirse al hecho de que las cosas se nos han vuelto muy confusas. Nuestras ilimitadas posibilidades de observación e información no están en proporción con nuestra escasa capacidad de obtener una idea coherente del mundo, saber dónde está lo importante y desenmascarar las ocultaciones injustificadas. Esta opacidad se debe a que la distribución del poder es más volátil; la determinación de las causas y las responsabilidades, más compleja; las presencias, virtuales, y los enemigos, difusos. La sociedad se entiende cada vez menos a partir de

las acciones visibles de individuos o grupos concretos; se establece como una trama a partir de interacciones complejas y difíciles de identificar.

En una democracia esta opacidad no es recibida como una buena noticia sino como algo que, en principio, debe combatirse. En el origen de la democracia moderna hay una sospecha hacia el poder y especialmente hacia el poder oculto. Tendemos a pensar que el Estado tiene siempre la tentación de abusar de sus prerrogativas, que protege invocando en exceso la confidencialidad y solo proporciona información que no le perjudica. En esta tensión se han forjado nuestras instituciones y prácticas políticas, confrontadas a la exigencia de transparencia y publicidad. No debería sorprendernos ni aquella sospecha ciudadana ni esta invocación estatal del secreto, pues ambas forman parte del debate político en una sociedad democrática.

Lo que llama la atención es que miremos a la realidad con un solo ojo, por así decirlo, que escrutemos con tanto celo al sistema político y con tanta superficialidad al mundo económico, donde hemos tomado decisiones trascendentales pensando que se daban unas condiciones óptimas de información y transparencia. ¿Opacidad en la política y transparencia en la economía? Si algo ha revelado la crisis económica es que esta contraposición no es cierta, que es incluso el resultado de una deliberada maniobra ideológica, porque la observación permanente que ejercemos sobre la política contrasta con la

elevada clandestinidad de que han disfrutado los agentes económicos. De hecho, aunque todo puede mejorarse, ni la opacidad de los Estados es tan grande como a veces se lamenta, ni la transparencia de los mercados tan efectiva como proclaman algunos.

De entrada, cualquier Estado debe someterse a una serie de reglas para comunicar sus decisiones, ya sea en el momento presente (por la obligación de publicidad y por la construcción de instrumentos estadísticos que explican su acción) o de manera diferida (por la creación y puesta a disposición de sus archivos). Los controles y las evaluaciones internas, las garantías del estado de derecho, la regulación estricta de los secretos oficiales y las materias reservadas, la vigilancia de los medios de comunicación, la evaluación de las políticas públicas, todo ello alimenta una incesante actividad de escrutinio, crítica y contra-argumentación. *Ranking*, informes y estadísticas proporcionan una información sobre los Estados que ya apenas son dueños de su imagen. Por si fuera poco, los Estados son vigilados por otros (de manera especialmente intensa en el caso de la Unión Europea, donde, a causa de las interdependencias y la mutualización de soberanía, están obligados cuando menos a tener en cuenta el impacto de sus decisiones sobre los demás). Y el Estado es también auscultado por los actores económicos, que valoran las políticas fiscales o juzgan su nivel de riesgo. El Estado apenas puede escapar de la exigencia de dar a conocer sus acciones y modos de funcionamiento.

Como advierte Castells (2003), el Estado es hoy más observado que observador; muy lejos de su viejo privilegio de mirar sin ser vistos, los actores políticos están hoy sometidos a una observación continua e ilimitada.

Veamos qué ocurre donde no solemos mirar. Durante los últimos años, en cambio, la opacidad económica no ha dejado de crecer. Es cierto que el funcionamiento de los mercados requiere en principio transparencia. Un actor económico solo puede adoptar decisiones correctas si sus anticipaciones están bien fundadas, es decir, si dispone de toda la información necesaria para limitar el azar de sus decisiones. Ahora bien, desde los años 80 la teoría económica intenta explicar las situaciones de distorsión o asimetría de información que falsifican las relaciones entre los actores y la posibilidad de un equilibrio general del mercado. Esta desigualdad es aún más aleatoria en los mercados financieros o cuando los efectos de contagio de la opinión o las profecías que se autocumplen convierten a la información en un arma de la guerra económica. Lo hemos visto en la crisis financiera: la sofisticación de los productos financieros ha creado una complejidad descontrolada que alimenta riesgos capaces de desestabilizar el conjunto de la vida económica.

No me refiero solo al hecho de que la desregulación haya permitido el recurso ingenioso a las zonas fuera de control: secreto bancario, paraísos fiscales, mercados *over-the-counter*, plataformas bursátiles opacas (*dark pools*)... Todo eso podía ser entendido como algo

excepcional. El problema más grave es que hay una opacidad de carácter estructural: debido a que los productos financieros derivados, por ejemplo, están basados en otros instrumentos financieros y a menudo combinan varios riesgos adicionales, el potencial de pérdidas no puede ser medido completamente. La dinámica de la innovación en las finanzas globales configura una cadena de riesgo que potencia el riesgo general a través de influencias desconocidas y efectos combinatorios. La titulación ha actuado como un mecanismo global de irresponsabilización, que diseminaba y disimulaba los riesgos, introduciendo en los mercados títulos cuyos riesgos nadie era capaz de evaluar. El desarrollo de nuevos instrumentos financieros exóticos y no líquidos; el aumento de los productos derivados cada vez más complejos; el hecho de que muchas instituciones financieras sean opacas o poco reglamentadas han contribuido a la falta general de transparencia. Esta opacidad ha destruido la confianza de los inversores. La dificultad de evaluar los precios, los riesgos o la toxicidad se ha transformado en incertidumbre general. Al final resultaba que con determinados productos financieros uno no sabía exactamente qué compraba y cuál era el riesgo que estaba asumiendo.

No es extraño que advirtamos ahora, con posterioridad, hasta qué punto la crisis económica ha resultado de unos cálculos y mediciones que presumían de una exactitud que no están en condiciones de proporcionar (Charolles, 2008; Beauvallet, 2009). Cada vez hay más

voces que advierten de los límites inherentes a cualquier modelización o cuestionan la fiabilidad supuestamente absoluta de los sistemas de medición o la exactitud de las previsiones.

La desconfianza actual puede ser interpretada como una reacción de los inversores contra un sistema financiero opaco, cuya magnitud no terminan de comprender. “La complejidad matemática de las innovaciones y transacciones financieras ha sobrepasado no solo la capacidad de los reguladores para seguirlas (mucho más la de control *a priori*), sino también la capacidad de muchas empresas para entenderlas” (Cerny, 1994, p. 331). La economía no es, ciertamente, una realidad simple, pero, cuando la complejidad inevitable se transforma en opacidad sospechosa, los actores se bloquean y los mercados dejan de funcionar. Podríamos hablar en este caso de una opacidad ideológicamente producida. El hecho mismo de presentar los asuntos financieros como algo excesivamente técnico y complejo ha facilitado una transferencia de autoridad hacia los supuestos expertos y ha devaluado la de los gobernantes. Esto ha despolitizado tales asuntos y ha sustraído decisiones relevantes de la pública discusión.

No es justo que la vigilancia sobre el mundo esté tan mal repartida. Bastaría con que la economía estuviera sometida a la misma observación que se ejerce sobre la política para que las cosas funcionaran mucho mejor. ¿Para cuándo un *wikileaks* de los mercados? Es otro

nombre para designar, a falta de otro término mejor, eso que llamamos gobernanza económica global.

BIBLIOGRAFÍA

- BADIE, Bertrand (2004). *L'impuissance de l'impuissance. Essai sur les nouvelles relations internationales*. Paris, Fayard.
- BEAUVALLET, Maya (2009). *Les stratégies absurdes. Comment faire pire en croyant faire mieux*. Paris, Seuil.
- CARDON, Dominique (2010). *La démocratie internet. Promesses et limites*. Paris, Seuil.
- CASTELLS, Manuel (2003). *La era de la información 2*. Madrid, Alianza.
- CERNY, Philip G. (1994). "The dynamics of financial globalization: Technology, market structure and policy response". En *Politic Sciences*, n. 27, p. 319-42.
- CHAROLLES, Valérie (2008). *Croissance, inflation, chômage, crise financière... Et si les chiffres ne disaient pas toute la vérité. Chroniques économique-philosophiques*. Paris, Fayard.
- ESQUILO (1985). *Prometeo encadenado*. Madrid, Gredos.
- FLICHY, Patrice (2010). *Sacre de l'amateur*. Paris, Seuil.
- FOUCAULT, Michel (1975). *Surveiller et punir*. Paris, Gallimard.
- FUNG, Archon; GRAHAM, Mary; WEIL, David (2007). *Full disclosure, the perils and promise of transparency*. Cambridge University Press.
- GIDDENS, Anthony (2000). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus.

- INNERARITY, Daniel (2004). *La sociedad invisible*. Madrid, Espasa.
- ROSANVALLON, Pierre (2008). *La légitimité démocratique. Impartialité, réflexivité, proximité*. Paris, Seuil.
- WEILER, Joseph (1999). *The Constitution of Europe*. Cambridge University Press.